

**MARIANO JABONERO** Secretario general de la OEI

## “La educación explica la baja productividad en Latinoamérica”

IGNACIO FARIZA, Madrid El secretario general de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), Mariano Jabonero (San Martín de Valdeiglesias, Madrid, 1953) atiende a EL PAÍS en pleno proceso de reelección, con la confianza en revalidar su cargo. Una idea centra buena parte de la charla, celebrada en el cuartel general del organismo que vela por el desarrollo educativo en el bloque: la brecha de productividad con las economías avanzadas. “En los últimos 50 años apenas ha mejorado: incluso ha caído. No llega ni al 38% de la media de la OCDE [la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, una suerte de centro de estudios de los países ricos]. Son unos niveles muy, muy bajos”, lamenta.

**Pregunta.** ¿Qué parte de esa brecha de productividad tiene que ver con la educación?

**Respuesta.** Más de la mitad. Hay una que tiene que ver con la economía de las materias primas: se vende sin añadir prácticamente conocimiento. Pero hay una segunda parte que tiene que ver con lo que los clásicos llamaban “teoría del capital humano”: los niveles de calidad de la educación en América Latina siguen siendo bajos. Se ha mejorado, sobre todo, en la parte cuantitativa: la cobertura de la educación primaria y básica ya llega al 100%. Pero eso solo significa que los chicos van a una escuela, nada más.

**P.** ¿Es un problema de la educación superior?

**R.** El 80% de las competencias que adquieren ahí los estudiantes de la región no tienen que ver con las requeridas por el sector productivo. Es un disparate. Un ejemplo muy gráfico: somos la región

de mayor producción agropecuaria del mundo, pero los egresados de carreras afines a ese mundo son el 2%. Hay países [latinoamericanos] que importan expertos en temas agropecuarios.

**P.** Y todo, a pesar del fuerte crecimiento de las universidades latinoamericanas.

**R.** La oferta ha crecido de forma desmesurada: ya son casi 4.000 instituciones de educación superior que optan, a veces, por un tipo de oferta formativa de menor coste. Es mucho más barato comprar una pizarra que montar un laboratorio. La oferta es muy amplia en cuanto a cantidad, pero la calidad es uno de los problemas que tenemos. Y, además, esta está muy poco vinculada con el mundo de la investigación. Otro dato muy gráfico: en las universidades de América Latina, el porcentaje de profesores-doctores no llega al 50% y hay países en los que está por debajo del 10%.

**P.** ¿Qué se puede hacer para cambiar esta dinámica?

**R.** Lo primero es mejorar los estándares: hay que establecer mecanismos de acreditación que sean válidos. Y hay que trabajar, también, en la educación a distancia, que ha crecido un 87% en los 10 últimos años frente al 20% de la presencial. Por eso proponemos crear un sello que, a través de los indicadores, pueda acreditar a la ciudadanía que lo que se ofrece es de calidad.

**P.** Hay, en cambio, un ramillete de universidades capaces de competir con las mejores.

**R.** Sin duda: hay varios centros, muchos de ellos públicos, que son de las mejores del mundo: la UNAM en México, la Universidad Nacional de Colombia, la de Buenos Aires, la de Río Piedras en Puerto Rico...



Mariano Jabonero, el pasado martes en Madrid. / SAMUEL SÁNCHEZ

“Se ha mejorado en la cobertura: en la primaria y básica ya llega al 100%”

“La enseñanza en las universidades está muy poco vinculada a la investigación”

“La formación profesional se ha planteado tarde y de forma precaria”

**P.** ¿Cuánto ha cambiado la pandemia el panorama educativo latinoamericano?

**R.** Muy significativamente. Fueron 180 millones de estudiantes, niños, niñas y universitarios, los que quedaron confinados y sin continuidad educativa. Es la región en la que más tiempo de clase se han perdido: 1,8 billones de horas. Han pasado más de dos años y aún hay países que no han vuelto a clase.

**P.** Más allá de la universidad, ¿cómo está la formación técnica?

**R.** Es un área que ha tenido escaso desarrollo, con las excepciones de Uruguay, Argentina o Colombia. En el resto es muy débil. En América Latina el 70% de los estudiantes de educación superior proceden de familias en las que nadie había ido a la universidad. Ese es, por ejemplo, el caso de Brasil, donde aquellos que salieron de la pobreza con el Gobier-

no de Lula [da Silva] pensaron que matricular a sus hijos en la universidad era una garantía de futuro. El problema es cuando, después de terminar, tuvieron que trabajar de taxistas: la frustración es enorme. O cuando, con la pandemia, tienen que volver a ayudar en casa y a aportar un ingreso más. Estudiar en la Universidad es positivo, pero también hay riesgo de abandono.

**P.** ¿Por qué no cuaja la formación profesional?

**R.** Se ha planteado de forma tardía y precaria. En la OIE hemos trabajado en diseñar los programas de 14 países de la región, y la mayoría no han ido más allá del marco de competencia. Vuelvo a lo que decía al principio: lo prioritario ha sido lo cuantitativo, meter a chicos en la escuela.

**P.** La movilidad es otra de las asignaturas pendientes.

**R.** Somos la segunda región del mundo con menos movilidad académica. La que hay es para ricos: gente que va a Estados Unidos y a Europa.

**P.** ¿Cuándo llegará el ansiado Erasmus latinoamericano?

**R.** En la UE, cuesta miles de millones y [en Latinoamérica] no los hay. No hay un fondo compartido para financiarlo, los gobiernos —con excepciones— tampoco tienen estímulos en forma de becas nacionales y, además, la economía familiar no es la misma que en Europa. Y hay otro problema, de acreditación. El paso previo a la movilidad es que haya una métrica común.

**P.** ¿Cuánto se superará ese obstáculo?

**R.** Es un proceso de cinco o seis años, pero hacen falta compromisos políticos reales.

**P.** ¿Cuánto le preocupa la fuga de talento?

**R.** Creo que se ha frenado. En la medida en la que los sueldos han subido y las condiciones de empleo han mejorado, hay más gente que se queda con un salario decente en su país. También porque algunas políticas que se llevaron a cabo en el pasado y que no fueron exitosas se han interrumpido. El caso más famoso es el de Venezuela, que en su época de bonanza petrolera daba becas a estudiantes para que se marchasen a universidades de todo el mundo y muchos no volvieron. Donde no se ha frenado es en el caso de los investigadores de alto nivel: ahí sí es muy difícil retener talento.